

LUISA FORRELLAD

Un día Luisa Forrellad escribió «Siempre en Capilla». Y el 6 de enero de 1953 la fama llamaba a su puerta del brazo del popular y codiciado «Premio Nadal». El bello rostro de la joven escritora catalana, se asomó con tal motivo a todos los periódicos de España.

«Es una de las muchas satisfacciones que me ha traído el premio: me entero ahora de que soy guapa». Había de decir humorísticamente la señorita Forrellad a los periodistas, que por cierto la asediaron durante días y días. Pero ahora, ¿qué sería de Luisa Forrellad? Fué la pregunta que nos hicimos en nuestra reciente visita a Barcelona. Como Sabadell está muy cerca de la capital condal, no nos fué difícil comunicar con ella, que muy gentilmente se ofrece a visitarnos. ¡Así da gusto!

* * *

Puntualmente acude a la cita. Viste un bonito traje de chaqueta negro. En la mano lleva, muy graciosamente cogido, un ramo de claveles.

— Son para mi madre — dice con toda sencillez —. Siempre que vengo a Barcelona la llevo algo.

— ¿Sigue escribiendo? — pregunto.

— Naturalmente. Ahora me dedico de pleno a la literatura. Estoy con la preparación de mi segunda novela.

— ¿Título?

— Aun no lo tengo. Los títulos nunca me preocupan. ¿Quiere saber como surgió «Siempre en Capilla»?

— ¿...?

— Se lo debo a mi madre, que leyendo el borrador exclamó: ¡«Este pobre médico está siempre en capilla!»

— ¿Anteriormente a esa novela, había escrito algo?

— Dos obras teatrales. Y muchas otras cosas, pero sólo para mí.

— ¿...?

— Hacia los dieciseis años empecé a escribir. No porque me reconociera aptitudes sino porque deseaba exponer todas las fantasías que tramaba mi imaginación. Y hacerlo me parecía sumamente fácil. Sólo al probarlo, comprendí que pasaría mucho tiempo antes de conseguir la facilidad.

— ¿Usted es una gran aficionada al teatro, no?

— Muchísimo. Tanto, que si no fuera por esta otra vocación sería actriz.

— ¿Siguen siendo tan inseparables con su hermana como cuando la dieron el premio?

¡Oh! Eso no tiene remedio. Ya sabe que somos gemelas, y según algunos de enorme parecido, aunque yo no sea de esa opinión. Francisca y yo — continúa mi interlocutora — nos aplaudimos nuestros triunfos y además nos criticamos, nos reprendemos y nos peleamos mutuamente con tan entera libertad, que nos es imposible dejar de ser amigas. Tenemos hasta los mismos vestidos, pero no solemos coincidir al ponernoslos. En realidad, tanto nos da.

— Dijo usted, Luisa, que se aplauden mutuamente sus triunfos. ¿Quiere esto decir, que su hermana también escribe?

— Así es. Ella es la autora de «Ponç Pilat». Drama bíblico en catalán, que le ha proporcionado un gran éxito.

— ¿Usted hace poesía?

— No. La de los versos es Francisca.

— Sinceramente. ¿Fué un éxito de público «su» «Siempre en Capilla»?

— Rotundo. Cinco ediciones en cinco meses.

— ¿Se gastó ya el dinero del premio o es mujer prevenida?

— Diría que soy mujer prevenida, pues cuando gasto dinero jamás tengo demasiada alegría.

— ¿Qué otras cosas le agradan fuera de la literatura?

— Hacer excursiones. Tengo infinidad de amigas y amigos, con los que me siento muy

bien. También soy aficionadísima a la fotografía.

— ¿Tiene novio?

— No.

— ¿No le gusta el matrimonio?

— Primero pienso en mi vocación literaria, después habrá tiempo para lo demás.

— ¿Partidaria de realizar las faenas domésticas?

— ¡Nunca! Y cuando me meto en la cocina, tiemblan los comensales.

Luisa Forrellad se rie (yo también), mira el reloj y se pone en pie sobresaltada.

— Lo siento pero tengo que irme. — dice.

— Una última pregunta. ¿Le dió disgustos el premio?

— De ninguna manera. Pese a todos los que me previnieron contra ellos, hasta el presente sólo he saboreado satisfacciones. Recibí tal cantidad de regalos, que me quedé atónita. Algunos curiosísimos y la mayoría anónimos.

— ¿Y qué regalos eran esos?

— Pues le diré. Desde el clavel de Andalucía, a unos granos de arena del Sahara; pasando por una piña de abeto del Tirol, adeweis disecadas de los Alpes... Y puedo decir bien alto (el cartero de mi calle lo sabe), que no hay un solo rincón de España de donde no haya recibido una carta.

Me dice adios con toda cordialidad. La contemplo marchar, caminando airosamente calle abajo, entre la admiración de los transeúntes.

He de confesarte, lector, que no he leído «Siempre en Capilla», pero que si la obra es como la autora, hay que calificarla sin titubear con «Matrícula de Honor».

Florencia M.^o Ortiz

CAMPAÑA NAVIDEÑA

En la proximidad de los días navideños, todo el orbe se prepara para celebrar con alegría tales fiestas.

Piensa, lector, que entre todos debemos procurar que nadie se vea excluido de esta universal alegría.

ancora